

Esta edición ha sido concebida como soporte y resultado de un acto de lectura pública realizado el 13 de noviembre de 2003 en la Biblioteca Juan Marsé de Barcelona.

Juan Pedregosa

Como se puede comprobar, no hay título. No quería utilizar las palabras prólogo, prefacio o introducción porque no explican del todo lo que quiero decir y por eso busqué otras alternativas. Uno de los primeros que se me ocurría era “Historias de barriada”. Barriada es una palabra que tiende a emplearse cada vez menos. Ahora es más normal la palabra barrio, que suena un poco más contundente y seria. También, aunque haya quien no se lo crea, se utiliza la palabra territorio, que sirve para que algunos disfracen que estamos hablando de barrios o barriadas. Barriada tiene un matiz más cercano, más familiar. Pero los escritos que vienen después no son únicamente historias o trozos de historia sino más bien relatos. Sobre la base de una experiencia vital, interviene la sensibilidad y la invención verbal de quien los escribe. “Relatos de barriada” podría coincidir más con la realidad pero es cierto que el título olvida que se recuperan situaciones y testimonios que proceden de una época que empieza a olvidarse. Además, al igual que “Historias de barriada”, resulta poco concreto, no singulariza nuestra experiencia carmelitana.

Me olvidé de estos títulos y empecé a buscar alguno relacionado con palabras como límite, frontera o arrabal para subrayar el carácter aislado, original del barrio. Sin embargo, notaba que resaltaban matices marginales en historias que tienen como una característica principal la búsqueda de la normalidad. Pensé que podía estar bien utilizar “Superhéroes de barrio”, copia de la canción de Kiko Veneno, pero como ya daba título a esta edición y al acto en el que se presentaban las historias y sus personajes el 13 de noviembre de 2003 no estaba bien volver a repetirlo. Así que me

incliné a recuperar “Vivir (y convivir) en el Carmelo”, que es uno de los lemas que anunciaban en el programa oficial el acto de presentación de las historias. Me sonaba demasiado cercano a un estudio sociológico o antropológico y demasiado lejano a lo que fue el germen de esta iniciativa: contraponer la peripecia del protagonista de la novela de Juan Marsé “Últimas tardes con Teresa” con la gente que habrían sido sus coetáneos, quienes además posiblemente ni conocieran de su existencia más que de tercera mano. Pijoaparte, este personaje único, el gran embaucador, el Julian Sorel charnego, merece sin dudarle una calle, una placa, miles de trabajos escolares o un recordatorio perenne en lo más alto de la montaña pelada, pero sería injusto que también fuera el protagonista aquí: ya le dedican congresos y ponencias comentadores de textos profesionales. Aunque no debía aparecer rastro de él en el título me acordé de sus acelerones en motos robadas por la carretera del Carmelo y la llegada a su mugrienta realidad después de acariciar la piel prohibida de Teresa y pensé que tal como ahora, él podría seguir viendo aquellas noches de verano la ciudad partida por la mitad. Mirando hacia el mar, se ensoñaría con la Barcelona que se conoce como tal: el geométrico Ensanche, la Sagrada Familia, Montjuïc y los barrios populares oficiales: el Barrio chino (que ahora se llama Raval) y la Barceloneta (que se sigue llamando Barceloneta). El resto de zonas altas, Sant Gervasi, Sarrià, Pedralbes no las percibiría en toda su extensión, aparecerían de soslayo, inaccesibles como el verdadero ser de Teresa. La otra vista, que es más desconocida, y que es la que provee la propia Biblioteca Juan Marsé o la Media Luna, al final de la calle de Gran Vista, descubre las viviendas de las casi 40.000 personas que viven en el Carmelo real. De frente, su continuidad con Horta y el Valle de Hebrón y a la derecha con Nou Barris y más allá Santa Coloma y Badalona. Detrás de las tres torres, las de la depuradora de Sant Adrià, se ve un mar que antes era más verduzco.

Es evidente que títulos como “Los de arriba”, “Allá arriba”, “Grandes y pequeñas vistas”, que hacen referencia a las viviendas, las personas y la situación de altura, que eran

los que se me ocurrían ante las fenomenales visiones de ambos lados de la montaña, no eran muy brillantes. Utilizar “Donde la ciudad se alza” para copiar a Paco Candel con su “Donde la ciudad pierde su nombre” no era de recibo. Encontré algo más original cuando un amigo francés comparaba el Carmelo con el famoso barrio de artistas parisino, con el que comparte calles empinadas y una iglesia en lo alto. Sólo se me ocurría algo tan poco válido como “El Montmartre rancio”, que en el fondo no es más que una variación de la mejor descripción que hay del barrio y que pertenece a David Castillo: “Carmel puto, lleig i solemne”. Otra posibilidad pero contraria era tomar prestada la frase “La épica secreta” a Javier Pérez Andújar, pero me resultaba ambiciosillo.

Como ningún título me daba suficiente confianza, empecé a explorar en algo más cercano a lo que ha sido la experiencia o vivencia de sus habitantes. “La fuerza de los débiles” podría haber sido correcto pero resulta más bien una declaración de buenas intenciones. “Nuestra vida” o “Mi barrio” me parecían peligrosamente cercanas al monopolio radiofónico de “lo nuestro” que ejercen algunos. “El suelo del Carmelo”, que es otra manera de ver “El cel del Carmel” tiene su atractivo, cercano a la realidad cotidiana, contrapoético casi, pero demasiado próximo a la especulación inmobiliaria que todos sufrimos.

Está claro que los títulos eran pésimos y no dejaban aclarar ni las intenciones ni el sentido de lo que los incautos escritores conocidos o no, del barrio y de fuera de él habían hecho.

Tampoco tenía mucho que ver con la estela de historias que habíamos oído y que no han sido recogidas. Como es la de Julián, un coetáneo de Pijoaparte, luego funcionario sanitario y ahora jubilado, arrastrador de colesterol, cuernos y calvicie; como es la del pastor Roberto, cuyas cabras son en parte responsables de la desnudez vegetal de la montaña pelada; como es el de la mítica fundación del club de fútbol Calatrava, cuatro piedras, botas de fútbol intercambiables y un descampado delante del Parc Güell; como las miles de historias de miseria y esfuerzo de las barracas y las de

bravos reivindicadores y especialmente reivindicadoras del barrio; como las que vienen de las gentes de la en aquellos tiempos más influyente parroquia del Carmelo, orden por la que recibe el nombre la montaña y el barrio; como las que hablan de cantantes de flamenco (mozos de cuerda, peones, aprendices de electricista) que rompían su garganta escocida por el peor montilla entre golpes de fútbol en los bares los sábados por la noche o de los guateques en los patios de vecinos los domingos siguientes (con los mismos chavales resacosos y oliendo a Varon Dandy); como la de los propios bares, la del Delicias mítico, el Bar la Venta, Estrella, el Zaragoza, el Lagarto de Jaén, el de la Piquera; como las que hablan de los que prosperaron y los que no, de los que se quedaron y los que se fueron. Como las que se contarán con los que ahora están viniendo.

También es cierto que ninguna de ellas era como la de Paula, recogedora de basura, y según las malas lenguas amante de aquel alcalde Porcioles, propietaria del solar infecto y lleno de ratas e inmundicia que llevaba su nombre y que ahora es ocupado felizmente por uno de los malcontados tres parques de bolsillo del barrio en la esquina de Pantà de Tremp con Dante. Lo de la Paula es tan sórdido como la época infame en que se produjo. Y es casi surrealista que por capricho del tiempo su solar, de propiedad municipal vaya usted a saber por qué, se haya convertido en un lugar de juego de niños y descanso de jubilados. Por eso pensaba que podía ser el título para esta introducción. Porque viniendo de una época que ya suena tan lejana el solar es ahora fuente de un cierto sentido de bienestar cotidiano.

Pero al final, cuando lo tenía prácticamente decidido, me di cuenta que lo de menos era la búsqueda del título, los relatos que vienen después o el acto en el que se presentan. Lo importante no era tampoco hacer la historia colectiva del esfuerzo de las generaciones anteriores. Eso ya lo harán otros. Ni tampoco era demostrar la impronta de tal esfuerzo en nuestra manera de ver el mundo. Eso se ve o no se ve. Lo importante es la necesidad de ser escuchado, de hablar y no perder la memoria.

Lo necesario e inevitable es no callar y no olvidar porque es ahí donde nos reconocemos realmente y la única manera para hacerlo es tener la obstinación de hablar, escuchar, imaginar o escribir. Para llegar a esa conclusión no era preciso buscar ningún título. No callar, no olvidar, hablar, imaginar es lo que hace Juan Marsé magistralmente en su obra y es lo que de manera absolutamente desinteresada Mercedes, Margarida, Bru, David y Miguel y todo el resto de personas que han colaborado en esto, han intentado llevar a término en apenas cuatro días entre octubre y noviembre de 2003.

Sea porque las cosas se digan por su nombre y las bibliotecas den fe.